



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de febrero de 2004

¿Quién es justo ante el Señor?

1. Los estudiosos de la Biblia clasifican con frecuencia el salmo 14, objeto de nuestra reflexión de hoy, como parte de una "liturgia de ingreso". Como sucede en algunas otras composiciones del Salterio (cf., por ejemplo, los salmos 23, 25 y 94), se puede pensar en una especie de procesión de fieles, que llega a las puertas del templo de Sión para participar en el culto. En un diálogo ideal entre los fieles y los levitas, se delinean las condiciones indispensables para ser admitidos a la celebración litúrgica y, por consiguiente, a la intimidad divina.

En efecto, por una parte, se plantea la pregunta: "Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?" (*Sal* 14, 1). Por otra, se enumeran las cualidades requeridas para cruzar el umbral que lleva a la "tienda", es decir, al templo situado en el "monte santo" de Sión. Las cualidades enumeradas son once y constituyen una síntesis ideal de los compromisos morales fundamentales recogidos en la ley bíblica (cf. vv. 2-5).

2. En las fachadas de los templos egipcios y babilónicos a veces se hallaban grabadas las condiciones requeridas para el ingreso en el recinto sagrado. Pero conviene notar una diferencia significativa con las que sugiere nuestro salmo. En muchas culturas religiosas, para ser admitidos en presencia de la divinidad, se requería sobre todo la pureza ritual exterior, que implicaba abluciones, gestos y vestiduras particulares.

En cambio, el salmo 14 exige la purificación de la conciencia, para que sus opciones se inspiren en el amor a la justicia y al prójimo. Por ello, en estos versículos se siente vibrar el espíritu de los profetas, que con frecuencia invitan a conjugar fe y vida, oración y compromiso existencial,

adoración y justicia social (cf. *Is* 1, 10-20; 33, 14-16; *Os* 6, 6; *Mi* 6, 6-8; *Jr* 6, 20).

Escuchemos, por ejemplo, la vehemente reprimenda del profeta Amós, que denuncia en nombre de Dios un culto alejado de la vida diaria: "Yo detesto, desprecio vuestras fiestas; no me gusta el olor de vuestras reuniones solemnes. Si me ofrecéis holocaustos, no me complazco en vuestras oblaciones, ni miro a vuestros sacrificios de comunión de novillos cebados. (...) ¡Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!" (*Am* 5, 21-24).

3. Veamos ahora los once compromisos enumerados por el salmista, que podrán constituir la base de un examen de conciencia personal cuando nos preparemos para confesar nuestras culpas a fin de ser admitidos a la comunión con el Señor en la celebración litúrgica.

Los tres primeros compromisos son de índole general y expresan una opción ética: seguir el camino de la integridad moral, de la práctica de la justicia y, por último, de la sinceridad perfecta al hablar (cf. *Sal* 14, 2).

Siguen tres deberes que podríamos definir de relación con el prójimo: eliminar la calumnia de nuestra lengua, evitar toda acción que pueda causar daño a nuestro hermano, no difamar a los que viven a nuestro lado cada día (cf. v. 3).

Viene luego la exigencia de una clara toma de posición en el ámbito social: considerar despreciable al impío y honrar a los que temen al Señor.

Por último, se enumeran los últimos tres preceptos para examinar la conciencia: ser fieles a la palabra dada, al juramento, incluso en el caso de que se sigan consecuencias negativas para nosotros; no prestar dinero con usura, delito que también en nuestros días es una infame realidad, capaz de estrangular la vida de muchas personas; y, por último, evitar cualquier tipo de corrupción en la vida pública, otro compromiso que es preciso practicar con rigor también en nuestro tiempo (cf. v. 5).

4. Seguir este camino de decisiones morales auténticas significa estar preparados para el encuentro con el Señor. También Jesús, en el *Sermón de la montaña*, propondrá su propia "liturgia de ingreso" esencial: "Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda" (*Mt* 5, 23-24).

Como concluye nuestra plegaria, quien actúa del modo que indica el salmista "nunca fallará" (*Sal* 14, 5). San Hilario de Poitiers, Padre y Doctor de la Iglesia del siglo IV, en su *Tractatus super Psalmos*, comenta así esta afirmación final del salmo, relacionándola con la imagen inicial de la tienda del templo de Sión. "Quien obra de acuerdo con estos preceptos, se hospeda en la tienda, habita en el monte. Por tanto, es preciso guardar los preceptos y cumplir los mandamientos.

Debemos grabar este salmo en lo más íntimo de nuestro ser, escribirlo en el corazón, anotarlo en la memoria. Debemos confrontarnos de día y de noche con el tesoro de su rica brevedad. Y así, adquirida esta riqueza en el camino hacia la eternidad y habitando en la Iglesia, podremos finalmente descansar en la gloria del cuerpo de Cristo" (PL 9, 308).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de España y América Latina, especialmente a los fieles de San Pedro y San Pablo, San Jorge, Santa Teresa y los Remedios, de Cádiz-Ceuta, así como a los de Sanxenxo, Pontevedra. Que las exigencias interiores que nos ha recordado el salmo de hoy renueven vuestros corazones y os dispongan a un encuentro más profundo con el Señor.

(En polaco)

En la fiesta de la Presentación del Señor celebramos también la fiesta de la vida consagrada. En ese día las personas consagradas, en Roma y en todo el mundo, renovaron sus votos de fidelidad a Cristo. Mediante la obediencia, la pobreza y la castidad quieren ser cada vez más semejantes a su Maestro Jesucristo. Desean proclamar con su vida la buena nueva. Les estamos muy agradecidos por ello. Que Dios bendiga a todas las congregaciones y a las personas consagradas y les mande numerosas vocaciones al servicio del Evangelio. ¡Alabado sea Jesucristo!

(En italiano)

Deseo también dirigiros mi saludo a vosotros, queridos *jóvenes*, *enfermos* y *recién casados*.

En estos días se celebra la memoria litúrgica de algunos mártires, san Blas, santa Águeda y san Pablo Miki y compañeros japoneses. Que la valentía de estos heroicos testigos de Cristo os ayude, queridos *jóvenes*, a abrir el corazón al heroísmo de la santidad; a vosotros queridos *enfermos*, os dé fuerza para ofrecer el don precioso de la oración y del sufrimiento por la Iglesia; y a vosotros, queridos *recién casados*, os dé la fuerza para construir vuestra familia sobre los valores cristianos.
